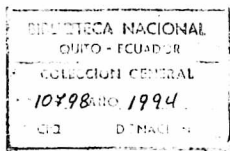
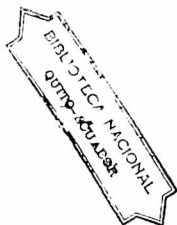


TITANIA

Alfredo Bagnerizo Morcino





TITANIA

Oh my Oberón! what visions have I seen.
SHAKESPEARE.

I

COLOQUIO ÍNTIMO.

Nó, lo que es el amor no me ciega hasta el punto de conformarme con ser la esposa de un aprendiz de boticario. Mira, Oberón, tú estás ahí, dale que dale, porque te diga que sí, y me case contigo, y vivamos juntitos. ¡Bien! Todo eso es muy bonito, convengo en ello; pero con una condición, una sola, chiquirritín de mi alma: que ahorques los libros de farmacia, y no vuelvas á pisar la botica. Sabes

que no hay por dónde cogerte de cochino y hediondo. ¿Cierto que no soy exigente? Cómo apestas á ruibarbo y asafétida ; Dios mío ! cómo trasciendes á ungüentos y pomadas. Te digo que no sirves para maridito con esas hediondecas que revuelven las entrañas. ; Imposible ! Tu amor me dejaría el estómago perdido, y ya ves tú, un amor con bascas, es mil veces más nauseabundo que una toma de ipecacuana.

—Pero, Titania, lo que propones es nada menos que otro imposible. Te lo diré claro, para que te enteres, y no se te haga tan aborrecible la farmacia. Yo no sirvo para maldita la cosa, fuera de la botica. (*Con mucho énfasis.*) Hay algo dentro de mí, que me grita á voces : Oberón, á tu botica ; como si dijera : *zaputero, á tus zapatos.* En tratándose de machacar en el almirez, soy otro hombre. Se me figura que estoy trituyendo lo que más detesto en la vida, pongo por caso, ese fantasmón de Creso.

—Tu rival. (*Con intención burlona.*)

—Y, golpe va y golpe viene, no le dejo hueso sano, ni hebra de carne, ni tira de pellejo. Nada, que lo reduzco á polvo y ceniza en un santiamén. ; Qué golpes ! Titania. De maza. Y al primero que descargo ¡plaf ! le dejo seco. ¿ Me has visto hacer unas píldoras ? No me has visto nunca. ; Qué píldoras ! Si da gusto el tragarlas ; si ellas mismas se resbalan por el gañote adentro. ¿ Y

saber? No saben á nada. Mejor dicho, saben á gloria. ¡ Tan plateaditas y redondas ! Hasta la quinina se vuelve jarabe en mis manos. ¡ Vaya ! No hay perniciosa que resista ! ¡ Y le da un gustazo que le echen fuera con esas bolitas, factura Oberón ! Tanto peor si por casarme contigo dejo la botica. No te vendrán las bascas de seguro : pero te mueres de necesidad con el estómago sano, muy sano, y muy vacío, eso sí. Porque lo que es yo, repito, no sirvo para vender zarazas y lienzo, metido á horterita en uno de esos tenduchos de trapos atestados de arriba á abajo de polillas *antiestomacales*.

—No te apures, tontín. Ni pizca de gracia me haría verte tras un mostrador con *saquito* de dril blanco, hecho un pasmarote, ó fumando cigarrillos, por matar el aburrimiento que te comería á puros enormes bostezos. ¡ Escúchame, Oberón ! Acerca la silla un poquitín. Tengo proyectos....

—Canta, niña mía, que soy todo orejas.

—No te burles, ¿ eh ?

—¡ Quiá ! Si soy lo que hay que ver en punto á discreción y buenas maneras ; sobre todo, cuando está de por medio una damita, como tú. Digo, caprichosa, si las hay.

—Cállate, borrico ; oye, y no pierdas sílaba, pues voy á levantar, de palabra, el único y sólido alcázar de nuestra posible felicidad.

—A fé que estás inspiradísima y te remontas.... á las alturas siderales, iba á decir....

pero en fin, como quieras. Empieza, que te escucho.

—Has de saber, Oberón, que propiamente no es la farmacia la que me alborota los nervios y me produce flaquezas de estómago; ni es el tenducho lo que me inclina á darte unas calabazas tamañas. ¡Nó, borriquito mío! Es que, francamente, esto de vivir en la calle del Morro, se convierte en una burla pesada, pesadísima; y yo saco un geniecillo que no aguanta bromazos de ese calibre, ni del mismísimo.....; Jesús, María y José.....iba á soltar una blasfemia gorda.....Pues figúrate, vivir en esta calle....

—No me lo figuro, hermosa, sino que lo palpo.

—En invierno.....

—Una charca, con su musiquita de sapos automáticos.

—Y luego, échese usted fuera, saltando de piedra en piedra, que si caigo, que si no caigo.....Nada! que más valdría andar, una, descalza de pié y pierna, para no poner las botas perdidas. ¡Y que cuestan caro, Oberón! Digo, para nuestra pobreza, valen un ojo de la cara.....En verano ¡qué nubes!

—De polvo....

—Te digo que no riegan, que tienen unas entrañas.....

—Qué han de regar, Titania, si estas son tierras de secano en la estación respectiva; y brazos de mar, cuando el cielo se nos des-

cuelga con sus tremendos chaparrones que, á poco convierten el arroyo en océano verdinegro, que todo lo sumerge, excepto uno que otro montoncillo de cascajo, una que otra pirámide de barreduras y desperdicios, y tal cual madero náufrago que, al fin y al cabo, sirve de puente levadizo, sobre invisibles cantos, á vecinos y transeuntes.

—Pues si á tales miserias, sumas las de nuestros ahoguillos, que para remendarnos un día con otro, hay que echar mucha puntada *Singer*, y mucha.....es cosa de volverse tísica, el día menos pensado. Y claro, no he de casarme para seguir en esta vida de angustias y zozobras, que no parece sino que á lo mejor se nos sale el alma por la boca, en uno de esos suspiros de tristeza que arrancan no sé qué, allá en lo hondo, en lo más hondo del pecho. Tu farmacia nos dejaría punto menos que ahora, y no estoy para comer contigo ñaa y cebolla; pues esto, ni fortalece ni me lisonjea. Esta mesocracia arrancada, es la calamidad mayor que puede atraparse una al echarla Dios á este valle de contrariedades.....y de novios boticarios.

—Chica, ¿dónde diablos aprendiste parrafeo tan sonante, que parece, á su vez, arrancado de algún novelón por entregas, ó de la plana de un diario *artístico-dinamitero*.

—¡Cállate Oberón! Siento dentro de mí el recuerdo de ciertas cosas, que supe y conocí, hace de ello muchísimo tiempo. (Con

solemnidad.) Mi sér, no es mi sér. (*Poniendo los ojos en blanco y con mucho arrobo.*) Mi espíritu anduvo desligado de esta envoltura carnal, allá por los años. . . . Diciendo verdad, no me acuerdo del año. Flaquéame la memoria, en tratándose de la ley del tiempo. Jamás dí pié con bola, en punto á cronología.

—Bueno, y adelante; porque se me figura que divagas un tantico. Apostara que no te has desayunado.

—Tanto como eso, no; pero no ha sido cosa, y tu farmacia no daría para más, á no ser que nos desayunásemos con *caféina*, y para esto, sobra el ser boticario. Pues decía, que mi espíritu fué un espíritu vagabundo, impalpable, *etéreo*. Por las mañanas, las entreabiertas rosas me ofrecían en sus repolludos cálices, gotas de rocío que yo bebía por todo desayuno. Sustentábame, además, con alimentos tan sutiles, que me bastaba aspirar cualquier olor, cualquier perfume para la satisfacción de las necesidades que origina el apetito. Con ponerme á la sombra de los cacaotales, me vaciaba, entre pecho y espalda, una jícara de chocolate. ¿Llovía fuerte? Pues me amparaba bajo las anchas y sonantes hojas de un platanal; y aquello era no mojarse, y quedar ahita de sorbetes de plátano, en la infinita variedad que ofrece la blanca y apetitosa carne de tal fruto. ¡ Así por el estilo ! Lo único que

llegó á entristecerme de corazón, fué el no poder regalarme, de tarde en cuando, con una narigadita de zumo de uvas. ¡Qué hacer! La Providencia nos ha negado las viñas; pero, en cambio, nos deja las *monas*.... ¡Sea su voluntad cumplida!

—Así sea.... ¿Sabes que estás encantadora? Sólo que aquello sonaría mejor en una colección de rimas para doncellas románticas. Género bucólico.

—Cállate, borriquito mío, y atiende.

Decía hace poco, y si no lo dije, allá vá, que la vida para mí se desenvuelve en dos polos; dos polos opuestos. Si he de ser tu esposa, tienes que seguirme.

—¿A qué polo, vida mía?

—¡Al de los idilios campestres! Contigo, la naturaleza en toda la esplendidez de sus encantos primitivos é inocentes. El Dios Pan que resucita. La vida urbana, de exigencias premiosas, y necesidades, que para satisfacerlas requieren los tesoros de Creso, sería, si me úno contigo, el suicidio. Y yo no me suicido, ni me resigno á comer un día sí, y otro no. Con que al campo, ó mi olvido. Creso me pretende de firme, y me casaré con él. Monín, yo te prefiero; pero no en la ciudad; nos dovoraría como á pececillos indefensos y bobalicones. Vámonos á vagar por los bosques y las pampas. Triscaremos, ágiles

y juguetones, sobre el menudo césped salpicado de pintadas florecillas y olorosas hierbas. Saltaremos arroyuelos diáfanos que reflejan en el cristal de sus linfas, la azulada profundidad de los cielos, y recrean el oído y la vista, con el blando murmullo de sus corrientes aguas, y los tentadores reflejos de las arenas de oro y las piedrecillas de colores. ¿Sientes hambre?

—Pues no.

—Extiendes la mano, y á la sombra de la oscilante y sonora pirámide de frondoso *man-go*, saboreamos, en dulce y regocijada plática, el jugo de aquella fruta que trasuda por la corteza todo el almíbar de su carne. ¿Llueve?

—Parece que no.

—Deja que llueva, pues no hay techumbre comparable al tupido follaje del propio *man-go* que puebla las encantadas riberas del pintoresco Daule. Allá no hay sastres, ni modistas que sean la perdición del recato y la modesta compostura. Falda corta, como ligero y flotante cendal, y chaquetilla que me deje el cuello y los brazos libres de estorbos y envolturas sofocantes, bastan para mi arreo; tú, algo así como una tuniqueilla....

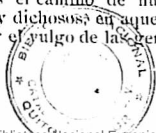
—O pellico de pastor.

—El clima no da para pieles, Oberón. Gasas, tules: lo transparente y etéreo....

Oberón sudada á chorros, y un color se le iba y otro se le venía, á medida que la *chica* desenvolvía con tal desenfado, aquel programa inverosímil de un viaje eterno de novios, á través de las ardientes llanadas que baña y caldea un sol *ecuatorial* como el que nos alumbra y tuesta.

—Pero el tal vestido, se atrevió á indicar, es, vamos al decir, algo inconveniente; si no por mí, que al fin y al cabo, seré ya tu marido, por la gente que puede sorprender aquellas desnudeces incitantes.

—La Naturaleza es toda inocencia; el rubor, desconocido allá, nadie le nombra siquiera, puesto que la malicia no anda á la greña con el recato. Por allí dá lo mismo fijar la vista en la turgencia de un seno, que en el apretado botón de la naciente rosa; un brazo blanco y torneado produce el mismo efecto que la rama de un árbol; y luego, para que nadie nos vea, si ese recelillo te queda, nos refugiaremos en la más apartada y escondida soledad: donde no sorprendas otras miradas que las del ave que pía ó canta, ó de la bestezuela mansa y cariñosa que alarga el cuello, al ver que pasamos, por lamernos las manos; con las cuales, entrelazadas, y con paso lento y errabundo, seguiremos el camino de nuestra ventura, contentos y dichosos, en aquella felicidad ignorada por el vulgo de las gentes.



¡Qué calor ponía en sus palabras la enamorada damisela, por embutir en aquella alma de estuco sus entusiasmos idílicos! Pero, nada. Oberón la oía como quien oye llover, sólo que se entristecía, por figurársela tocada de la cabeza. Así, con toda la sangre fría de un boticario, y por ver de disuadirla, le largó esta:

—Me ocurre una dificultad, querida Titania, que de allanarla tú, sería cosa de decirse á ensayar uno, todo ese llamante programa de amor *á la natural*. Creo, es una suposición mía, y como tal la apunto, creo que en el estado espiritual anterior, de que hace poco me hablabas, aquella vida errante que te entusiasma tan á lo vivo, era de lo más llano y hacedero que cabe imaginar; pero en la novísima forma de tu sér, con esta envoltura de carne que llevamos á cuestas, hay más de un tropiezo y más de una dificultad insuperables, á juicio mío. Pongo por caso, si me levanto de la cama, y no me tomo en seguidita un tazón de café con leche, se me clava en el cráneo una jaqueca de todos los diablos. Y lo que es por allá, ni café con leche, ni antipirina....

—Pero tontín, si hay cada matita de café que es un gusto verla agobiada de tanto fruto como da; y digo, la leche: por allí andan las ubres diciendo: ordéñanos ó reventamos. Asunto de extender la mano....

—Bendito Dios, y qué haré con el grano crudo. Pues, y la maquiulla . . .

—Olvidate del café; no será cosa de posponerme á esa bebida amarga y alborotadora de nervios. Prefiere la tila.

—No salvas la dificultad, puesto que se presenta implacable, la de la tal maquiulla para hervir la infusión.

—Déjate de hervores y de tonterías. La comerás en rama; la comerás, borriquito mío.

—Me conviertes, poco menos, que en rumiante, Titania. Esto no puede ser, y claro, una vez por todas, que no hay arreglo posible; que desecho tus indicaciones, y que me largo con la música á mi farmacia. ¡La carne! ¿Has pensado en que será cosa de matar un novillo para asar cuatro *lomitos* al día?

—La carne embrutece, Oberón. Yerbas y frutas, nada más brinda la naturaleza para nuestro regalo y sustento. ¿Conoces á Virginia?

—Sí, ¿la *terciaria* de enfrente? Una vieja marrullera.

—No, monín, hablo de Virginia, la de Pablo.

—Pues, francamente, no conozco á esa señora.

—¡Qué has de conocerla, si no existe ya !
¡ Aquellos sí que eran amores !

—Tate, tate, con que novela tenemos.
Caigo en la cuenta Pues me voy.

¿Y me dejas? Está bien. Esponsales desbaratados; me casaré con Creso, el temible rival de Oberón. Me largo al otro polo: la vida de la ciudad con sus opulencias deslumbradoras. De hoy más, te aborrezco, alma de cántaro. Quédate con tu botica y tus miserias. . . Seré la gran señora. Mucha seda, mucho encaje y mucha pedrería. No he parar hasta verte boquiabierto y confuso, cuando pase, muellemente reclinada, en una berlina, con lacayo de levita y sombrero de copa, al pescante. Lárgate ingrátón.

—¿Ingrato? Si no lo soy; si te ofrezco lo que puede ofrecerte un hombre que deveras te quiere: la honrada medianía, mientras que ese fantasmón de Creso, te dará joyas, trajes, caballos, coche, etc., etc., pero no un corazón lleno de vida y palpitante de amor.

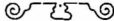
--Te burlas, Oberón, te burlas.

--Deliras, Titania, deliras. Hasta luego alma mía.

—Adios, para siempre.

Y rompió á llorar la desconsolada criatura; y la nube de ese llanto empañó la transparencia azul y profunda de sus ojos grandes

y brillantes, que parecían dos girones de aquel otro que en las lejanías del espacio tiende su inmensa curva por ocultar, tras élla, los secretos de la inmortalidad.





II.

EN QUE SE HABLA DE TITANIA, OBERON, CRESO Y DOÑA MEDIANIA.

Oberón era todo lo buen muchacho que se puede ser entre los diez y ocho y veinte años, con un bolsillo hartó necesitado, una novia bonita, y aquel su temperamento caldeado en la atmósfera de fuego de un clima tropical; donde á poco más, la empolladura de una nidada de huevos se haría al aire libre, como la ley de la madurez se verifica al beso fecundo de los rayos del

sol. No tenía estampa de muchacho hermoso ó arrogante; pero era un mozo simpático: labios delgados, boca risueña, cabello abundante, bozo naciente, tez morena, ojos expresivos y brillantes. ¡Quién no los tiene acá! Luego, la adolescencia iba cediendo el puesto á lo varonil, en cada una de las facciones, y en cada una de las líneas de aquel cuerpo gallardo. Y, dado que la necesidad tiene cara de hereje, aunque la farmacia no sea una herejía, ni mucho menos, Oberón no encontró mejor acomodo que el de aprendiz de boticario, y en ello se metió hasta las gachas. Probablemente no llegaría á ser un Creso, ni con otro tanto más de lo que pudiera grangear en el oficio, machacando raíces, redondeando píldoras y repartiendo brevajes, á diestro y siniestro; pero era una veta de buena ley, un filón explotable, que al fin y á la postre rendiría lo suficiente para no morir de necesidad, de fastidio ó de tisis: tres nombres distintos y una sola enfermedad verdadera, que nos devora y consume, en algo menos que canta un gallo.

Cómo empezaron los amores del mancebo con la espiritual Titania, no es punto que merezca disertación aparte, con mucho gasto de tinta y centenares de cuartillas. Nació aquella pasión, al igual de otras muchas, por que se trataban y eran primos. Mas, como no todo ha de ser miel sobre hojuelas, el amartelado galán tenía su rabieta diaria

con el moscón de Creso, á quien veía zumbar como abejorro infatigable, en torno á la angelical figura de prima tan adorable.

Era gentil la lámina de de esta personilla, que remataba en rostro de hada, y en la ondulante y espléndida profusión de unos cabellos rubios que, al caer desatados, semejaban cascada de oro con destellos y cambiantes de fuego. Blanca como la nieve, de vez en cuando las mejillas se le encendían por la rápida transfusión de la sangre, con los colores de la grana; sin que disminuyese, á causa de los encendimientos del pudor ó de la momentánea agitación, la luminosa transparencia de aquel hermoso rostro de un óvalo perfecto. Del cuerpo llegaban á desprenderse como irradiaciones de luz y de poesía, trocándola en diáfana visión de vestidura mortal; y estoy á dos dedos de afirmar con ella, que hubo tiempo en que se alimentó de gotas de rocío y aromas de jazmines y madreselvas, antes por cierto, de encarnarse en la señorita Titania, vecina de la calle del Morro, é hija legítima de un matrimonio de carne y hueso, disuelto á poco, por muerte de uno de los cónyuges: el que gastaba perneras, y un jipijapa no muy fino, con cintillo negro.

La viuda, mujer honesta sencillota y algo hombruna por aspecto, á causa de dos lunares enormes de carne y pelo que le volvían un tanto bigotudo el labio superior, pasaba sus estrecheces; y gracias á la *Singer*, y á

que no tenía que habérselas con el casero, por ser propietaria de una *lumbre* de frente y quince varas de fondo, con una altura de ocho á nueve, pudo salir adelante, entre si como ó no como, si visto ó no visto, á la niña ; pues lo que es educarla, ya se la educarían de balde el providente municipio y las escasas fiscales. Desde pequeñuela andaba la muchacha muy trajeadita ; y no le costó gran trabajo aprender de memoria todo el Catecismo de Ripalda, las cuatro reglas de la Aritmética y las cuatro partes de la Gramática. Item más: aprendió á teclear en el piano de la escuela, á bordar zapatillas y á tejer al *crochet*. Item más : recibió lecciones de baile en los brazos de Oberón ; y, en los mismos, empezó á enamorarse, sin que nadie se lo enseñara.

Cuando estuvo talludita, se le acabó la escuela gratis. ; Qué había de ir sola por esas calles de Dios, donde á la vuelta de cada esquina, podrían salirle al paso galanes atrevidos, y precoces que no se barren con estricnina por descuido inexplicable de la ley penal ! La acongojada viuda no tenía de quién echar mano para acompañarla, por cuanto, uno de sus ahorros era, nada menos, que el ramo de sirvientes. ¿ Y pagar maestro en casa ? Ni pensarlo. La escasa renta que cobraba, y lo que ella se ganaba con la *Singer*, apenas servía para el *pan nuestro*, y otros menesteres domésticos.

Al dibujarse en el horizonte la silueta de Creso, doña Medianía creyó llegado el momento de cojer el cielo con entrambas manos. ¿Qué desahogo tan grande sentía la viuda en todo su cuerpo, con sólo pensar en aquel fortunón que se le metía por el hueco de la puerta. Así, apenas le vió llegar, se le fué encima, con la desesperación del naufrago que pugna por asirse de la primera tabla que divisa al alcance de su mano.

—Perdone usted, Creso, que le reciba en esta salita, que ¡ vamos ! no es lo que usted se merece.

—Creso giró en torno los ojos, aunque el derecho no veía pizca, á causa de la enorme catarata que le cubría todo lo negro del aparato visual ; y pudo notar que, efectivamente, aquello no valía dos cuartos : sofá y silla de esterilla ; total, siete piezas ; dos consolas de madera, que en mejores tiempos fueron charoladas ; dos espejos de marco dorado y media vara de alto ; la lámpara de petróleo, y algún cuadrito por las paredes. En suma, punto menos que nada. Se me olvidaba decir, por lo que importe, qué una medecora, viuda, de asiento desfondado ya, se estaba llorando por los rincones de la estancia las amarguras de su inconsolable viudez y la carga de sus años, que no eran pocos, á juzgar por las lacras y señales que los pregonaban á voces. ¡ Cómo le andaría la polilla por dentro!



Saciada la curiosidad del ojo izquierdo, contestó Creso, sentándose en el sofá:

—¿Quien pone reparos á la modestia, señora Medianía.

Sacó, luego, una tabaquera y, abriéndola, ¿fuma usted?—interrogó, pausado.

—Pues, diré á usted, que en parte para ahuyentar los mosquitos, y en parte por amortiguar el recuerdo siempre vivo y punzador de mi tremenda desgracia, aprendí á fumar á raíz del fallecimiento de mi idolatrado esposo. Pero fumo á solas, es un *vice* que tiene su vergüenza, como los demás.

—Coja usted; son Daule y Esmeraldas—dijo, alargándole la tabaquera. Y, como vacilase la viuda,—coja usted, se lo fuma luego—insistió el de la catarata, con la brusquedad de modales de quien está enseñado á hacerse obedecer.

Cogió la otra el puro; y Creso, restallando una cerilla, la acercó al que tenía ya entre dientes; dió una larga chupada, con mucho movimiento de mandíbulas, y soltando por boca y narices, más humo que un barco de vapor, añadió:—Pues sepa usted, doña Medianía, que los amigos son para las grandes ocasiones; y el Cura de Cacaotales decía desde el púlpito, por ese pico de oro que gastaba, que es obra de caridad ayudar á nuestros semejantes, tender la mano al que la necesite y, en fin, que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que

el que un rico se condene, cuando practica las leyes de Dios y de la Iglesia.

—Vaya si tenía razón el predicador—in-
dicó la interlocutora del hombre enriquecido
por la naturaleza y los monos.—Como que
nosotros somos la gran mayoría social; y la
voz del pueblo, es decir de la burguesía
[porque la plebe no entra en cuenta] es la
voz de Dios, que condena por boca nuestra,
á todas las vergüenzas de la tierra, y á to-
dos los tormentos del infierno, á los podero-
sos empedernidos, á la aristocracia del dine-
ro y de la banca, supuesto que, á la de la san-
gre, cuando anda divorciada de la otra, no
le hacemos más caso que á las barreduras de
las calles; y no sirve, al cabo de los tiempos,
ni para estropajo de un mal fregado. Con
que, decía usted. . . .

—Señora, la franqueza es mi distintivo,
gusto de irme derecho al blanco. . . .

—Pues, con aquel fortunón, lo mejor es
abrir la boca y cantar claro. La palabra del
potentado es torrente, es ariete, y es explo-
sivo; no hay dique, muro, ni roca, que se
mantengan firmes, sin volar en mil pedazos,
cuando el empuje vá de veras. Prosiga us-
ted.

—Prosigo y formulo mi demanda, sin más
rodeos. Titania es hechicera beldad; ten-
go algunos milloncejos; hay que emplearlos
bien, siguiendo la máxima del Cura de Ca-
caotales; pues, señora Medianía, esta es mi

mano, se la tiendo á usted ; agárrese á ella firme, concediéndome la de su hija, y usted se salvará, y yo me salvaré, según las escrituras.

—Señor don Creso: hay codicias de codicias, y la suya, es una de esas, aunque aplique usted las enseñanzas que salían por aquel pico de oro, desde el púlpito de Cacaotales. Pero me allanaré. . . . Fume Creso, que se apaga el cigarro. Parece durillo ¿eh?

—Psch ! no del todo—soltando saliva sobre las tablas del piso. Allí no había alfombra, ni tápices ; nada de lujo, excepto Titania.

—¿Con que, negocio cerrado?

—¿Cómo negocio?

—No se me sulfure doña Medianía. Quise decir : cosa hecha.

—No tanto, no tanto. Porque yo, soy yo ; y ni hija, es mi hija. Nosotros nos allanamos ; pero élla, la tercera persona ¿querrá allanarse?

—Déjese usted de distingos, doña Gramática.

—¡ Su libertad, sus derechos ! No he de sentar plaza de madre tirana, caballero.

—¡ Qué derechos ni qué niño muerto !
¡ Nó ! Desconozco cualesquiera derechos que no sean los del hombre, proclamados, según dicen, cuando el derecho se ponía de parte de la guillotina, y los deberes eran inculcados por el pescuezo, separando la cabeza del

tronco. Pero derechos de las mujeres, ninguna constitución, que yo sepa, los ha proclamado hasta el día de la fecha.

—Algo cierto debe haber en lo que usted dice; y, con todo, no acepto aquello, mientras no lo lea en los diarios y papeles, únicos que tienen derecho de quitar y poner, como reyes que son, ungidos por la voluntad de los pueblos; de la mesocracia, se entiende. En este punto no cedo un ápice: la plebe á sudar; los ricos á encanallarse; (salvo lo presente); y nosotros, á dirigir, aconsejar, gobernar y, por último, á rellenar el gran pastelón del mundo, con el condumio que nos dé la gana.

—Repito que no se sulfure, doña Mediana. Se consultará la voluntad de la chica, y se respetarán todos los derechos: machos y hembras.

—Justo, justísimo.

—Espero, pues, que nos entenderemos.

—Daré á usted respuesta, pasado mañana, mismo.

—Lo antes posible.

—No gasto dilatorias. Las cosas, hacerlas en seguida; y no romperse uno los cascos en pensarlo, y darle vueltas. Soy Ejecutiva.

—¡Magnífico! Y la niña ¿tiene novio?

—¿Novio? Es decir, tiene un primo, y se cae de su peso.

—Si cae ó nó, será lo de menos. ¿Rico?

—Como yo. Un tesoro de derechos individuales, y nada más.....

—¿Profesión?

—Aprendiz de boticario.

—Pues, si el primo es un estorbo, le damos una botica, á título de indemnización, y se callará..... ¡Vaya si se callará!

—¡Alto ahí, don Creso! Oberón ni se compra ni se vende.

—Entendido; pero hay transacciones.... decorosas.... Cosa de nombres, mi señora, cosa de nombres. (*Levantándose*) Pasado mañana vuelvo; ya verá usted qué yerno. Hasta la vista.

—Vaya usted con Dios, caballero.

Y fuése el pretendiente, dejando una charca de saliva tabacosa, delante del humilde sofacito de esterilla; y la baba de sus promesas, mucho más sucia y apestosa que la otra, en las orejas de doña Medianía.

Creso era hombre machucho, y de los que tienen cataratas, no sólo en los ojos, sino en la conciencia. Lo mejor de la vida, se le pasó en siembras y cosechas de cacao; eso sí, con tan buena suerte, que nadie le ponía el pié delante en punto á huertas de á suere *la mala*. Tenía grano para alimentar de chocolate el orbe terráqueo y las esferas celestes. A los cincuenta años de edad, fué calmándosele aquella fiebre de sombrías arboledas y doradas mazorcas; pero, en cambio, sen-

tía el buen señor abrazársele los sentidos y potencias en ansias de vedados apetitos, y concupiscencias desordenadas. La bestia abría en él los ojos, con el desenfrenado impulso de un despertar tardío. Y no como quiera. A poco de sentar sus reales en la ciudad, se dió un baño de cultura hasta donde le fué posible; y trató de saavizar las asperezas de su piel de bípedo montaraz, hirsuta y curtida, con roces y trasquiladuras á que se sujetó, entre liirraño y resignado, merced á sabios consejos y oportunísimas advertencias, de un pajarraco podrido en vicios y civilización, que explotaba, con su cuenta, aquellas caídas brutales; aquel brusco encendimiento de la sangre de un hombre que llevaba á cuestras medio siglo de paciente labor, sin dar muestras de élio, gracias á su naturaleza vigorosa y rolliza, casi tan dura é intacta, como los troncos seculares de las montañas en que se crió.

Fué como el abrir de una represa aquel súbito desbordamiento de pasiones reprimidas y estancadas; el derroche de la vida y la fortuna, en la vergonzosa orgía de irritantes sensualidades. Al pronto, le cegaron las claridades ofuscantes del vicio; pero conforme las pupilas se le acostumbran á mirar fijamente esos resplandores de abominación, siniestros y abrasadores, fué trocando el impulso irreflexivo, que se contenta con ser fuerza é ímpetu desencadenado, por la ma-

durez y la sangre fría de los calaveras y desperdiciados de *sangre*.

Hasta llegó á dudar que la virtud se apuntalara á sí mismo, de modo que pudiese resistir las brascas sacudidas de la tentación; los embates demoledores del tiempo y la constancia, y, por último, el brillo fascinador de un puñado de monedas. Creso, pues, que estornudaba oro y escupía *mazorcas* de cacao, se diputó por famosísimo conquistador de beldades, y sultán afortunado de imaginarias odaliscas. Con la imaginación caldeada por obra de aquella fiebre voraz que le consumía el organismo, gastándole locamente la vitalidad de las poderosas y rezagadas energías, convirtió el orbe entero en serrallo ideal de sus fantasías de seductor trasnochado; y logró declararse, por sí y ante sí, señor y árbitro inapelable de los destinos femeniles.

En tales correrías tropezó, de manos á boca, con la hechicera Titania; y hétele allí convertido en perseguidor implacable de la fugitiva y vaporosa visión. Porque no había duda, se le escapaba de las garras, como si realmente fuese una sombra, y nada más que una sombra, creada por arte de travesura femenil, para que la hermosa porción del género humano, vengase al cabo, todas las afrentas de pensamiento y obra con que pretendía mancharla el envilecido potentado.

No le valían artes, ni provocaciones. La astucia se declaraba impotente; y hasta el

oro, rival de las potestades de la tierra, se daba ya por corrido, pregonando, á voz en cuello, que por esa ocasión, ó nada podía, ó resultaba falso y de mala ley. Pero el tigre de Cacaotales se había encaprichado con la visión tentadora; y no era cosa de que cejara, hasta tanto no ensayase el último zarpa-zo que prometía un éxito seguro, si cálculos y asechanzas no le engañaban otra vez más.

Se acordó del Cura, porque dicho sea en desagravio de sus procederes escandalosos, era un ortodoxo de los buenos, creyente á puño cerrado; sólo que para gastar aquella conciencia de perro judío, se había formado su catecismo aparte, que resultaba de lo más caprichoso y original. Creía en cuanto se debe creer para la salvación de las almas; y practicaba cuanto se debe practicar para rega'lo de los sentidos. Lo malo, según él, no consistía en el divorcio de la fe y la moral con las obras; sino, simplemente, en la negación de lo sobrenatural y divino. Creyendo en ésto, ya tenía el pecador su cartita de crédito contra el mismísimo Dios, y podía hacer mangas y capirotos de la moral y la doctrina cristiana.

Con aquella recomendación, no se sabía de ningún mortal que hubiese ido á parar en los calderos de Lucifer; pues la misericordia del Señor, siempre daba su cuartito de hora para el arrepentimiento y la gracia eterna. Y se acordó del Cura, no precisamente á

causa de su ortodoxia ribeteada por manos del propio Luzbel, sinó á propósito de la caridad de los ricos, y su ejercicio agradabilísimo á los ojos del Creador; y, como siempre mezclaba en sus obras, el precepto sano y la intención pecaminosa, por que saliese el engendro, abominable y deforme de suyo, con semblante de hipócritas y engañadoras apariencias, se dijo:—Titania bien vale un matrimonio: joven, hermosa, pura y discretísima. Me caso, y tendré un hogar, esto es: un puerto de refugio, y al mismo tiempo de partida. A doña Medianía, que es una mujerona muy metida en los fueros de su clase, la levanto dos palmos, cuando menos, sobre la ordinariez y la grosería, que me la vaa siguiendo muy de cerca; y su hija, quiero decir mi esposa, será la mujer ideal; la que no contaminaré de impurezas sociales, la que pondré sobre las nubes del firmamento, para que no llegue á manchar, ni la orla de su vestido, la hirviente espuma con que, al menos, salpicará el rostro de las demás, el alborotado mar de mis extravíos y liviandades. No será que me rindo; antes bien, que enarboło bandera de corsario, al amparo de los poderes de la tierra, y con la bendición del cielo.

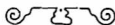
Esta era una nueva fase de la ortodoxia de Creso: no negaba la eficacia del sacramento, puesto que le serviría para rendir el almenado torreón de aquella virtud inquebrantable; sólo que el arma le resultaba de doble filo, y

esto mismo le despertaba antojos de manejarla al capricho de sus figuraciones.

Tras el coloquio de doña Medianía con el Creso de Cacaotales, la viuda se fué con la embajada á la gentil muchacha; y ésta, que no sólo entendía de idilios campestres y amoríos *salvajes* de género trasnochado, y por lo contrario, se sabía al dedillo todas las retóricas al uso, y toda la ciencia de gacetilla y de *fondo*, con más los cánones de las leyes divinas, naturales y civiles sobre derechos *imprescriptibles* y autonomía individual; contestó engalladita, que el tal novio era una bestiaza que estallaría el día menos pensado; un becerro de oro repugnante y carcomido desde el testuz hasta la punta del rabo. Y esto, que ignoraba de Creso lo que debía ignorar, en gran parte. Doña Medianía se enfurruñó, gritó, pateó, se mesó los cabellos, clamó contra las rebeldías filiales; y, cosa rara, llegó á desconocer los derechos individuales, élla, que los había arrojado en cara al resonante personaje de Cacaotales. Para remate de aquella explosión de cólera maternal, y como por confirmar la soberanía de sus privilegios de madre, empuñó una silla; y casi, casi descalabra á la infeliz Titania echándosela encima, ciega de ira, con el impulso de sus fuerzas centuplicadas por la tensión nerviosa. No se amedrentó la muchacha, y esquivando el golpe, siguió en sus trece, defendiéndose de las torpezas é imprope-

rios de doña Medianía, con la entereza que le prestaba la justicia de su causa.

Y luego vino Oberón, y pasó entre él y Titania, aquel sabrosísimo coloquio que narrado queda en el primer capítulo de esta tan singular historia.



III

UNA BODA SONADA.

Amaneció el día tras aquella noche que lo fué de infortunio y desbaratadas esperanzas para el enamorado aprendiz de boticario. Titania se levantó resuelta, algo pálida y ojerosa y, como dijo alguno, descolorida la grana de sus labios; lo cual induce á creer, que la señorita no durmió muy bien, ó que si lo hizo, tuvo alguna pesadilla de las más negras y pavorosas. Quién sabe lo que vió en

sueños, si llegó á dormir; ó el rumbo que tomaron sus alborotados pensamientos, con la negativa de los idilios campestres, en la soledad de su alcoba, y en aquella vigilia febril: por que era una *ascua* la doncella según tenía de caldeada la sangre.

Al encontrarse, pues, tope á tope con la avinagrada viuda que no acertaba á reducir á frases *cultas é inofensivas*, la contestación que á pocas horas más exigiría el flamante perseguidor de escogidas bellezas, le soltó á quema ropa las siguientes memorables palabras.

—Pues, me caso, mamá.

—No será con Creso, de fijo.

—Sí, madre, con Creso. Es cosa resuelta, y no me vuelvo atrás. Oberón es un pánfilo, que prefiere los brevajes y el almiraz de la botica á venirse conmigo, tierra adentro. Nada, que siga machacando y dosificando; que lo que es yo, me quedo con el otro. Ya veremos si esta pildorita, factura Titania, sabe á gloria, y se le va por el gañote, élla sola. ¡Pedazo de tonto como ese, no me lo figuré jamás! Y mire Ud.: yo le quería su poquitín; no, que le quería bastante. ¡Vaya si es cierto! Pero lo que es ahora, su sombra que mirase, me indignaría. Aunque bien pensado ¿á que reñir del todo? Que vuelva cuando guste, y nos trataremos como dos primos indiferentes. Sí, señora, como dos primos indiferentes:...

Doña Medianía no acababa de cerrar la boca, con el estupendo notición que se la dejó abierta. y á élla, suspensa y alelada, como si una bomba le hubiese estallado cerca de los carcañales. Y seguía en aquella actitud de grosera estupidez, sin darse cuenta de lo que oía, pues de cuanto dijo la muchacha, élla sola se lo reía, y élla sola se lo festejaba, hasta que vista la estupefacción creciente de su madre, no pudo menos de sacudirla por los hombros, suavemente, para que volviese en sí. Y volvió, como el que despierta de un sueño, y duda que sea cierto lo que recuerda, teniéndolo tan pronto por caso de verdad, ó delirio de la imaginación.

—Conque.... repite lo que me decías, pues no acabo de creerlo, hija mía.

—Que me caso con el de Cacaotales; más claro no se puede decir. Se lo participará Ud. hoy mismo. Y la boda se hará en seguida, ó á más tardar, dentro de quince días.

—¿Ya ves, hija mía, si tuve razón al decirte que te aconsejaras con la almohada y obedecieses á tu madre, según la ley de Dios? Qué respiro, qué desahogo, exclamó la viuda contoneándose con la agilidad y desenvoltura de esas chiquitinas que se vuelven un ovillo sobre la alfombra del circo. Y luego, alzándose la saya de merino negro, hasta donde la honestidad lo permitía, improvisó un tango desaforado con gentil rit-

mo de piés, mucho taconeó, cerner de vestidos y palmaditas de alientos.

Cuando el tigre de Cacaotales acudió á la cita, despues de darle vueltas al asunto, y de embutir en las orejas del paciente galán todos los fueros y derechos de la burguesía, del estado llano, *único estado social que no se ha emporcado con envilecimientos aristocráticos y desverguenzas de la turba multa*, convino doña Medianía en aceptarle por yerno, no sin advertirle ántes, que por muy honrado debía considerarse *con inger-tar en aquel sano y robusto tronco de la selva mesocrática*.

El de la catarata la oyó como quien oye llover; y, sin cuidarse, poco ni mucho, del parrafito aquel, ni de echar un solo con su prometida, que ya habría tiempo para élla, se despidió con la promesa de que al décimo quinto día doblaba la cerviz al yugo de Títania.

A riesgo de que se me tache de mentiroso ó embustero, voy á contar la más estupenda maravilla que presenciaron los moradores de esta ciudad, desde su fundación hasta nuestros días, con motivo de aquellos esponsales que dieron origen á portentos tan inauditos. Y fué el caso.... La pluma se resiste á describir tal maravilla, como presintiendo de antemano toda la vergüenza que se le vendría encima, si llegara el caso de que se la tuviera por servil perpe-

tradora de mentiras, á cambio de lisonjear, con su cuenta y razón, la vanidad del resonante personaje de Cacaotales. La verdad, nunca me fué posible averiguar la manera cómo se llevó á cabo ese prodigio; pero ello es que sucedió tal cuál lo verá el lector, que no me condene por zurcidor de relatos inverosímiles y desbaratados.

En quince días, nada menos que en quince días, se construyó desde los cimientos el palacio que destinaba Creso para ostentosa mansión de la espiritual Titania. ¡Qué mole tan soberbia! Parecía obra de magia ó hechicería. Y miento al afirmar que se construyó desde los cimientos; hubo más, pues al de Cacaotales se le metió entre ceja y ceja que la estupenda fábrica se levantara sobre las colinas del Santa Ana, para que la ciudad entera admirase el portento con que quería deslumbrarla. Puesto á la obra, hizo echar abajo medio cerro; y en la extensa planicie, se asentó solitario y orgulloso aquel castillo roquero. Antes, se las había arreglado con un ingeniero yankee, el cual, en un periquete, cargó con el Hospital Militar y lo puso al otro extremo, sobre el Asilo y el Manicomio, como si tal cosa. Y aquel palacio ó alcázar, no tuvo un frente, ni dos, ni tres, sino cuatro; sólo por salvar la monotonía, cada uno de aquellos frentes, obedecía á un orden de arquitectura distinto de los demás. La fachada de Oriente, de mármol

blanco, traía á la memoria recuerdos de la antigua Grecia; la del Poniente, reconstruía en marmol negro, un monumento azteca; la del Norte, de vistosísimo jaspe, ostentaba en su trazo, la majestad del arte gótico; y la del Sur, la que miraba á la ciudad, era una filigrana, una maravilla de cinceladuras, calados y azulejos; algo como un recuerdo oriental, con alféizar, ventanas y hasta minarete, *por si acaso*.

En el interior, había dos grandes patios: el de las Estátuas, y el de la Zona Tórrida.

Un museo de mármoles y bronce, el primero. Por ahí divisé más de cuatro Dianas cazadoras, y otras tantas Venus. ¡Qué majestad la de Juno! En su expresión, algo podía notarse de rabia celosa, pues el famosísimo Calavera del Olimpo, le daba hartito en qué pensar con sus transfiguraciones y escapatorias. Minerva, se enderezaba arrogante y pensativa. Reflexionaba, sin duda, que toda su ciencia no le valdría dos cominos, el día en que los dioses se desvanecieran como visiones del miedo. Apolo se daba de calabazada contra una cantera del Parnaso, por no sé qué herejías de un *neo*; y lloraba lágrimas de fuego maldiciendo á Talía, protectora de autorcillos desvergonzados é indigestos. Baco, ceñida de pámpanos la frente, se balanceaba muy esparrancadito, por causa de una borrachera deliciosa. Safo se despeñaba loca de amor por el barque-

ró de Mytelenc, y Hero se sorbía el Hellesponto. Píramo por un lado, y Tisbe por otro, se mataban con ocasión de aquella prenda traidora y ensangrentada. Galatea, la divina Galatea, jugueteaba con el dormido Polifemo y Europa se solazaba con un *Toro* de buenas pezuñas. Por ahí seguía toda la tragicomedia amorosa.... ¡Y qué grupos de centauros y Amazonas! Aquello, á no dudarlo, era el simbolismo de la resurrección pagana, concebida y realizada por el *apóstata* de Cacaotales.

El segundo de dichos patios abarcaba cuanto de bello y exquisito pudieran exigir para su regalo, la vista, el olfato y el paladar. ¡Cómo transcendían los naranjos y limoneros! ¡Cuán provocativas y doradas se ostentaban por allí las piñas, diciendo á voces: comedme! ¡Qué dulzura la de esos nísperos! ¡Qué caujes tan sabrosos! ¡Qué pulpa la de esos caimitos, tan codiciada y pegajosa.

Una doble hilera de soberbios mangos, formaba calle de honor, á cuanto allí había de árboles frutales y plantas raras ó silvestres, sombreando, con la espesura de su ramaje, el dilatado espacio en que se extendía. No faltaban ciruelos del Santa Ana; y hasta se trasplantaron aguacates y mameyes para golosina de propios y extraños.

No entraré ¡líbreme Dios! en enumeraciones prolijas; pues, sería cuento aquello de

nunca acabar, describir menudamente las riquezas y primores que en el tal palacio se encerraban. Por esto, sin detenerme á contemplar en las galerías, los gallardos y atrevidos arcos que las forman, atravieso el vano de aquella puerta maciza y reluciente y doy con mi intrusa personilla en mitad del *gran salón* de recepciones. Paredes de oro bruñido; al centro, gruesas columnas de plata con *nelumbos* de pedrería en lo alto, sustentando cúpula gigantesca que deslumbra con centellos de ascua. La mueblería de oro y seda era cosa inverosímil: una silla, no era una silla, sinó capricho de inspiración por su forma y detalles; un sofá, fantasía sobre motivos originales del artista; las lunas venecianas, parecían obra de magia; cualquiera que en ellas se mirase, veía su imagen embarcada en una góndola; y luego, canales y más canales. Las consolas, y la mesa del centro, eran de colmillos de elefantes, sólo que ésta tenía por tablero, un lecho de plata circundado de amercillos, donde expiraba Adonis herido de muerte por otro colmillo.... el de un jabalí.

Desde el salón al dormitorio, la distancia era corta. Allí, el tálamo nupcial cuajado de pedrería; y cada piedra tamaño como un grano de cacao. El cortinaje, vaporoso y flotante, remedaba aquel trono de nubes bajo la bóveda del firmamento, de que hablaba Crespo; porque, á decir verdad, era un cielo

estrellado lo que encima quedaba. La vía láctea, enterita....

Del comedor diré tan solo que lo hizo famosísimo, el lienzo que le servía de cielo. Así, por ser un cuadro admirable de verdad y colorido, estilo *Meissonier*. Cabalgando brioso pisador blanco, cual el de Bonaparte, con chaquetón negro, pantalón verde de bayeta, botas de becerro, cuchillo á la cintura, y un jipijapa, de los grandes, sobre la greña, allí se estaba Creso impassible y sereno, pasando revista á cien mil *matas* de cacao: una división de la reserva, que acampaba entre la linde de un bosque y la orilla de un riachuelo de escasísimo caudal en el verano. La vajilla era de lo que había que ver; pues la cristalería de Bohemia y las porcelanas de Sajonia y Sevres, andaban desparramadas por mesas y aparadores. El trinchante que saldría á relucir en ocasiones señaladas, de oro macizo, y el mango, del mismo metal, con incrustaciones de brillantes tamaños como avellanas.

¡Cincuenta cabezas de hidras, con las fauces abiertas, vomitarían torrentes de luz vivísima para alumbrar aquel templo de la gula!

Paso por alto las graderías, los jardinetes y la verja de bronce, que circundaban con ostentoso aparato la soberbia mole de aquel edificio, donde la señorita Titania pasaría su luna de miel, y quizá, ó sin quizá, el resto de

sus días. Sólo diré, para concluir, que el novio de Cacaotales construyó un ferrocarril aéreo que uniese la ciudad con aquella maravilla de la riqueza y del arte; de suerte que, en un periquete, sin fatiga, ni trajín de bestias y rodar de coches, se plantaba uno en los encumbrados dominios del fabuloso personaje.

En tanto, la calle del Morro, se transformaba por completo, gracias á la *generosa inicialiva* de Creso, por acudir en ayuda de doña Medianía que se aferró á la idea de no abandonar el hogar de sus mayores. Se complacía, de veras, en que su hija se encaramase de la noche á la mañana, en aquellas alturas inaccesibles á tantísimo desheredado de la fortuna; pero lo que es élla, prefería la modesta casucha de una *lumbre* de frente, así le ofreciesen levantarla á los propios cuernos de la luna. Ciertas comodidades no las rechazaría de fijo, pues llegó á aceptar de su yerno, un terreno colindante con el suyo, y á espaldas de éste. Allí plantaría coles y lechugas, calabazas y pepinos; se arreglaría su jardín con el respectivo macizo de flores y su pabelloncito; tendría corral, y en fin, la mar de cosas útiles y bonitas.

Convino, también, en la inmediata desecación de pozos y pantanos, que ordenó Creso, según queda dicho. La voladura del cerro, facilitó la obra; la cual, entre cascajo y tierra, se tragó la mitad de una colina, hasta

convertirse en suntuosa avenida enfilada por copudos ciruelos, trasplantados con raíz y todo, desde las faldas y vertientes del Santa Ana. Y fué lo peor, que llegó á perder su nombre la inolvidable calle, pues de esa fecha data que se la llame la Avenida de los Ciruelos.

Como el tiempo corre, y no hay suceso por inesperado y grande que se le suponga, que pueda detenerle en su empeño de dejarnos á la zaga y seguir su carrera hasta desaparecer en los misteriosos senos de la eternidad; llegó el décimo quinto día, y con él, la noche señalada para los famosísimos desposorios del hijo de Cacaotales con la hechicera parientita del aprendiz de boticario.

El Patriarca de las Indias, llegó exprofe-so para la ceremonia, en un *yacht* de cuarenta nudos por hora; y tan portátil además, que atravesó el istmo, de Colón á Panamá, sobre los carros del tren, sin que desembarcara su ilustrísima, ni se tomase por éllo la menor molestia.

Se abrieron, de par en par, las puertas de la Iglesia Catedral; y como el presuntuoso Creso, juzgase que los picos de gas no bastarían á iluminar tan nunca visto y espléndido concurso, hizo colocar en lo alto del coro un dinamo poderoso; y en la proyección de aquel foco de luz, blanca é intensa, recibieron los desposados la bendición nupcial.

La novia más que una beldad de carne y

hueso, semejaba una visión diáfana y luminosa. ¡Qué traje, qué velo, y qué atavío en fin! Aquél, desde el escote hasta el remate de la cola lo formaban riquísimos sartales de perlas, en fantástica combinación de tamaños y colores. ¡Qué música tan deliciosa imprimía en ellas, la más leve ondulación producida por los gallardos movimientos del cuerpecito que ceñían! El otro, parecía tejido por manos de hadas con hilos sutiles de gotas de rocío, que un tiempo fueron regalo del paladar de tan gentil personilla. ¡Los azahares? Incomparables; como que estaban constelados de brillantes menuditos de primorosa talladura.

Figúrese el lector con lo que cargaba el tigre de Cacaotales, y andando.

Las naves del templo, vinieron estrechas para la apiñada concurrencia que crecía y crecía, como la marea, en el vasto cuadrado de la plaza vecina: y el mismo, ó mayor tropel de gente, sudorosa y jadeante, acudió á la espléndida mansión que se destacaba imponente sobre la planicie del Santa Ana.

Porque es de saberse que las invitaciones, y el relato de los pormenores de la fiesta, fué obra de las cuatro planas de los diarios porteños; los cuales, en nombre del *prócer*, dieron *parte* de aquella boda al vecindario todo de la ciudad y sus alrededores.

Los novios, con buena parte de acompañantes y curiosos, tomaron el ferrocarril aé-

reo; y la llegada á palacio se anunció á la población con otro foco de luz eléctrica, que, desde el minarete de la fachada árabe, lanzó sus rayos incandescentes sobre calles y tejados.

Cien tiros de otros tantos corchos lanzados al aire, fueron las primeras salvas con que el espumoso *champagne* celebró, en su efervescente locura, aquella otra del himeneo de Titania con el rival de Oberón.

Este no se movió de la botica; y, por estar de *turno*, se pasó en élla toda una noche de aburrimiento, machacando á Crespo que se reía de él, con tales gestos, y tan divertidísimas muecas, que á no impedírselo los celos, habría festejado con sonoras carcajadas la burla de su rival. Pero no estaba la Magdalena para tafetanes; y así, prosiguió en su faena de reducir á *polvo y ceniza* la armazón de carne y hueso que veía, ó se le antojaba ver en el fondo del almirez.

El alba le sorprendió en tan peregrina ocupación, y al mirarla llegar maliciosa y sonriente por la rendija de la puerta, descargó el postrer golpe; y echándose de bruces sobre el mostrador se quedó dormido, como dormía ya la pareja que, en la noche pasada, y en un abrazo de felicidad mentida, acababa de ahogar la cariciada ilusión de sus primeros ensueños de adolescente.

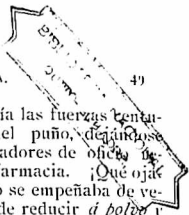
IV.

COLUMPIO.

Hasta la botica de la calle de Pichincha llegaban los rumores que, á poco de la boda, empezaron á correr sobre las recientes aventuras del personaje de Cacaotales. Al principio, no pasaron aquellas de ligeras escaramuzas á lo largo de la costa; como si el desnaturalizado *pirata* probara sus bríos, un tanto quebrantados, según se lo iban indicando ciertas fatigas y traidores desmayos que le

entorpecían los sentidos de poco tiempo acá. Pero, ~~como~~ quiera que el hábito llega á convertirse en una segunda naturaleza, Crespo, de ~~andose~~ al cabo de los días de tímidos y pueriles ensayos que, sin ocultar el escándalo, no sirven para maldita la cosa, sino á dar pávulo, con razón ó sin ella, á la maledicencia, siempre pronta y tenaz, de lenguas venenosas y desocupadas, que son las más, pese á las bocas de cuantos sostuvieren lo contrario, se metió mar adentro, desplegando hasta el tope todo el sucio velamen de su bajel *pirata*, sin cuidarse de ocultar la salida, ni de las borrascas y temporales que correría en el revuelto y tumultuoso mar de las pasiones desencadenadas.

Sabía Oberón, y con él la ciudad entera, que el preferido rival comía fuera de casa muy á menudo; que se pasaba los días, de turbio en turbio, en Círculos y Casinos, entre borracheras de *brandy* y borracheras de *baccarat*; y las noches, de claro en claro, en profanas adoraciones de ídolos inmundos. Notaba, además, el burlado mancebo, que tales nuevas, traídas y llevadas por los vientos del escándalo que soplan fríos y desatados en calles y plazuelas, al llegar á él, le entorpecían las manos, supuesto que las píldoras no salían de sus dedos al igual que antes, y la quinina se quedaba tan amarga como en todas las boticas. Sólo en el almirez se reconocía por el Oberón de Titania. Sólo ma-



chacando á Creso, sentía las fuerzas tentaplicadas, y la destreza del puño, dejándose atrás á cuantos machacadores de oficina registran los anales de la farmacia. ¡Qué ojos los que ponía, cuando se empeñaba de veras en la porfiada tarea de reducir á polvo y ceniza aquellas sustancias y raíces que se le convertían, á lo mejor, en la propia lámina del tigre de Cacaotales! Hubo ocasión en que el dueño de tantísimo frasco y tan vistosa estantería, llegó á decirle que mirase por el almirez, no se le partiera en dos, con aquellos golpecitos que le prodigaba. Pues, toma; murmuró entre dientes el triturador, y yo que pensaba estar viéndole aún la calva enterita. No soy hombre para dejarle ni aquel pellejo mondo, cuanto más lo que envuelve y cubre de huesos y sesera. Y dale que dale, hasta que vió el cráneo y la calva hechos una narigada de polvillo menudo.

Un día, y en momentos que descargaba el último golpe á ciertas partículas empedernidas de aquel mortal tan machacado á diario, quedó suspenso por obra de una manecita negra como el ébano, que dejaba caer dentro del almirez, con singular atrevimiento, algo como perfumado billete que trascendía á esencia de nardos y jazmines. Alzó la vista, y pudo comprender, entonces, que aquella mano era propiedad exclusiva de una figurilla de doce años, que echó á correr, sin darse

prisa por la respuesta, tan luego como hubo soltado el misterioso papelito.

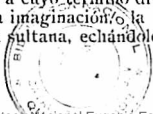
Por el pronto, olvidóse de los residuos de Crespo que se estaban ahí, muy compungidos y desesperanzados de mover á compasión las entrañas del boticario; y, rasgando el sobre, leyó: *Borrquito mio.....*

—Hola! hola! con que esas tenemos? Para jumento basta con tu marido, pues yo me doy por desasnado desde el punto y hora en que me obsequiaste con las famosísimas calabazas *que tanto dieron que decir al Pindo*. No; borrico fuí, y borrico sigo, en esto de empeñarme en el machacamiento de ese *pirata* berberisco que te roló á traición; de ese pedazo de bruto que te acaricia á coces, y te plantará cada beso con la jeta lacia, que es un horror el pensarlo. (Leyendo.) *Soy la cautiva sultana de un palacio encantado.....* ¡Ajajá! Caro le cuesta el tenerse por sultana de un castillo roquero. Esto lo sabía yo al dedillo; no es cosa del otro jueves para que me sorprenda, ni pizca así. (Sigue leyendo.) “Necesito de una voz amiga que me consuele y fortalezca. Tú eres bueno, Oberón, y no me dejarás morir de tristeza, en la soledad de esta opulencia traidora. ¡Cuán felices seríamos en aquel *polo* de los idilios campestres, con que mi amor te brindaba! Si tu *realismo* hizo imposible tal dicha, ven, al menos, tontín; te lo ruego. Seremos dos primos *amigos*. ¡Nada más! ¿Lo

entiendes?—Titania." Vaya si lo entiendo, dijo para sí el boticario en ciernes. Valiente chasco se dió la prima *amiga* con su corridita al otro polo. El polo Sur, de fijo. Es claro que iré. ¿Por qué no habría de ir? En acabando de machacar á este prójimo, tomo soleta, y arriba: un viaje fantástico sobre tejados de barro.

Y descargó tremendo golpe sobre los restos empedernidos del machacado *pirata*. Lastimero quejido se escapó desde el fondo del almirez, el cual contestó con otro ¡ajajá! el impasible desmenuzador de tales carnes y tales huesos.

Luego, calándose el sombrero hasta las orejas, y pretextando la primer disculpa que se le asomó á los labios, se echó á la calle, y de dos zancadas se plantó en la vecina estación del *elevado*. Subir las empinadas escaleras, esperar un ratito, y meterse en el tren, fué obra de cinco minutos. La locomotora lanzó su acostumbrado resoplido, y, escupiendo salivazos de agua hirviendo á diestro y siniestro, empezó el trajín con aullidos de fiera y pisadas de gigante. Oberón que jamás se había visto en tales alturas, ni en un mal asiento del ferrocarril de Durán, se sintió orgulloso y hasta desvanecido con el viajecito *aéreo*, á cuyo término divisaba ya, con los ojos de la imaginación, la gentil figura de la cautiva sultana, echándole al cuello los



brazos, como para no soltarle jamás de aquel nudo de amor tan apretado y delicioso.

La verdad que era honrado á carta cabal, é incapaz por lo mismo de vergonzosas fechorías; pero no estaba seguro de su fortaleza delante de Titania, ni extremaba su estoicismo hasta el punto de dejarse el sombrero ó la americana, capa no la tenía, en manos de la esposa de Putifar. . . . de Creso quiero decir.

El tren se detuvo, á poco, entre esperezamientos de cansancio y bostezos de mal humor; y al abrir la portezuela, y poner el pié en el estribo, vió el guapo mozo, en lo alto del magnífico vestíbulo de la fachada árabe la encantadora visión de una beldad *diáfana* y *luminosa* que le saludaba con la mano, entre risueña y melancólica.

Era Titania, la propia Titania, que se le aparecía de nuevo en la atractiva sencillez de aquellos días de ensueños y ternuras que acabaron por sepultarse, cubiertos de sombras, en la tristísima noche de esotro polo de apetecidas opulencias y fracasadas ostentaciones.

Porque la verdad, la pobrecita se llevó una encerrona de las buenas. ¡Era una lástima! Pero Creso no entendía de tertulias, visitas, teatros, bailes, ni cosa que se le pareciese. Seducir una mujer, vaciar una copa, apostar á una carta, entenebrece la conciencia con brutalidades y sarcasmos de es-

céptico, y la inteligencia, con tabaco y *brandy*; esto si lo sabía al dedillo. La vida para él se encerraba dentro de tan estrechísimos horizontes; más allá: el vacío la nada. La sociedad convertida en infame burdel, la comprendía á maravilla; la sociedad, con destinos más nobles y levantados, se le volvía un quebradero de cabeza, bueno, á lo más, para tontos de capirote ó idiotas de nacimiento.

Mas, contra lo que se esperaba Oberón, la damita no llegó á colgársele del cuello, ni mucho menos. No se desalentó por eso, pues los abrazos tenían que venir tarde ó temprano. ¡Claro que sí! La prudencia y el recato, lo aconsejaban, además, según pensó, al acudir á la reflexi3n para que ésta le explicara el desengaño sufrido. En cambio, sintió el apret3n de manos de la *sultana cautiva* ¡esto era mucho! señal de que le recibía cariñosa y regocijada. ¡Detalle importantísimo! Y así, mano sobre mano, risueños y contentos, pasaron el umbral, siguieron por la galería que daba al patio de las Estatuas, y, atravesando largo pasadizo, se detuvieron por fin en el de la Zona T3rrida, sitio que revivía en ellos, las desbaratadas ilusiones de un idilio campestre, en la soledad de las pampas y entre el rumor de los bosques.

A todo esto, el crepúsculo se apresuraba por recorrer el manto de la noche con sus pálidas manecitas; mientras los oscuros se-

nos de la lejana cordillera se rebusaban sombríos en espesas, húmedas é impalpables sombras; mientras alguna nubecilla próxima al ocaso, recogía los postrimeros rayos de la luz difusa por arrebolarse en ellos con encendimientos de doncella tímida y pudibunda; y el tibio hálito de la tarde pasaba acariciando dulcemente hojas y ramas que, al sentir el suave roce de aquel beso preñado de caricias, se inclinaban alegres y gozosas, con susurros de íntimas y renovadas confidencias.

La Zona Tórrida, ó sea el patio de este nombre, iba también quedándose á oscuras; por lo cual, apretó Titania un botón, que se escondía por allí, tras el tupido follaje de una enredadera de flores blancas y menudillas; y, de súbito, cuatro focos de luz eléctrica iluminaron el recinto causando con la intensidad de sus rayos, no poca turbación y deslumbramiento en las dilatadas pupilas del aprendiz de boticario.

—Ya te acostumbrarás, tontín, indicó la prima; por lo pronto, en aquel banco, de la parte de allá del tronco de ese mango, estaremos á la *sombra*. Sígueme, borriquito.

A seguirla se disponía el afortunado mancebo, poniéndose la diestra en la frente á guisa de pantalla, cuando divisó, á lo lejos, la silueta de Creso.

—El tigre de *Bengala* anda por ahí murmuró por lo bajo, sin atreverse á dar un pa-

so adelante.—Si me coge, me despanzurra de veras.

Oyóle Titania, y contestó:—mira que está domesticado; y hace tanto caso de mí como del planeta Venus. Y si no, observa como se acerca tan mansa y sosegadamente, que parece ha de lamerte las manos, en teniéndote al alcance de las suyas.

Dicho y hecho; saludó cariñoso al primo del almirez; le reconvino afable por sus ausencias; invitóle á que volviese, puesto que Titania y él se lo pedían; y por último, dijo: —no he de retractarme en lo tocante al ofrecimiento de una botica que, para usted, hice á mi suegra. Si usted aceptase....

—Se estima el ofrecimiento, respondió el de las calabazas; pero insisto en no recibir dádivas que quebranten honras.

—¡Qué han de quebrantar, hombre! Asunto de nombres. Palabras—añadió, encogiéndolo los hombros, como si dijera: qué se me da á mí, majadero.—Y siguió su camino, pues jamás se le puso entre los cascos dudar de la honestidad de la *sultana cautiva*, ni aún dejándola á solas con el galán de su primo; lo cual tengo por virtud muy recomendable, si no es que procedía así, por importársele una higa la fidelidad conyugal, que es mucho pensar.

—Salta á la vista lo mucho que te quiere, indicó Oberon, una vez sentados á la *sombra* del mango.

—Aunque así no fuera—dando un suspiro y con melancolía—yo me lo creería á pié juntillas, por no sobrellevar tamaña pesadumbre.

—Haces mal en creértelo, prima mía, porque esa bestiaza no entiende palotada de amor.

—Cuidadito, Oberón. Mira que si te propasas, acabaremos en mal, y después de todo, quiero que seamos buenos amigos, y que el idilio campestre se torne en acendrada y pura amistad de dos almas que se amaron ayer, y que hoy no pueden amarse ¿verdad que nó?

—Según y conforme.—(Con mucha gravedad y compostura, y envolviendo un cigarriño)—Tu marido es el mayor *pirata* que surca estos mares (con diez haciendas por banda) á caza de beldades de todo género y condición. ¡Gasta un paladar! La marchita y la lozana; la rubia y la morena; la viuda y la doncella; la cortesana y la santa: todas entran, por igual, en la bocaza del monstruo.—[Echando humo, y abanicándose con el fieltro.]—Digo: esto, tarde ó temprano levantará una grito infernal de mujeres abandonadas; de padres, maridos y confesores burlados.—[En voz pausada y solemne.]—Me lo colgarán, de repente, del *palo mayor* de la red telefónica.—[Como quien no dice nada.] Serás la viuda del ahorcado....

—¡Qué horror! exclamó Titania, tapándo-

se la carita de hada con entrambas manos.

—No seré yo, quien cargue con tal viuda; y déjate de horrores, que éstos, ya los tienes encima con las abominaciones á que se entrega tu maridito.

—Primo, tapa esa boca que me estás dando de puñaladas en mitad del corazón.

—Ya me las diste tú; y por llevar abiertas las heridas en que tanto te gozaste, estoy recreándome en las que te causo ahora con la lengua, que, después de todo, es cuchillón de palo!—(Con mucho retintín, y echando otra bocanada de humo.)—Ahora mismo, ha topado en la calle de Colón con una morena, arrogante moza, que me le tiene anclado en esas aguas, sin duda con la esperanza de que el pececillo *pique* en el anzuelo por el cebo de la carnada, que es mucha.

(Titania haciéndose la sorda y dándose aire con un pañal de abanico.)

—Jesús, qué tarde, sofocante!... Tan tupido es el follaje de estos mangos, que ni una sola ráfaga de viento logra colarse por entre las ramas.

—Ahí es nada lo del follaje, comparado con esa nube de mosquitos que son otras tantas lancetas de sangrador. A no ser por el humo que les soplo....

—Mala peste, Oberón; pero afortunadamente, el remedio lo tienes á la mano. En

el Palacio de Titania todo está previsto de antemano.—[Con mucho énfasis.]—

—Menos el amor; y menos, todavía, el amor conyugal.—(Canturriando un aire de zarzuela.)—

—Cállate, tontín (poniéndole la mano en la boca) porque si vuelve el maridito al baile, me enfado de veras. Te empeñas en meterme por los ojos, lo que no quiero ver, pues nada ganaría en ello. ¡Déjame la paz del alma!

—Creí, mujer, que la tenías perdida, de tiempo ha.

—Basta.... Sígueme á aquel columpio que me sirve de hamaca en las noches de verano. Mírale entre ese tamarindo y aquel aguacate.

Llegado que hubieron al columpio, trepó la arrogante *señora* por una escala de cuerdas, no sin haber soltado antes la muselina que vestía, pues no es cosa de andarse con faldas en maromas y trapecios. Como todo estaba previsto en aquella mansión, quedóse en traje de punto muy ceñidito al cuerpo, ni más ni menos, que Miss Peabody, la del alambre flojo.

El farmacéutico la contemplaba, extático, sin atreverse á subir, por involuntario sobresalto q' le acometió al verse, frente á frente, de aquella escultura de carne, cuyo calor sentiría á poco más que se atreviese á seguirla. Pero Titania se partía de risa; y no era pa-

ra menos, puesto que le miraba indeciso y boquiabierto con la estupefacción que le produjo la casi desnudez de su antigua prometida.

—Sube, Oberón, que en mí no hay sombra de pecado. Yo soy la honradez, con faldas, ó sin ellas. Verás si es delicioso este columpio.

Oberón se resolvió al fin; y, quitándose el fieltro, la americana y el chaleco, trepó en mangas de camisa, de dos pernadas. Acomodóse muy pegadito á Titania, en el asiento de madera, capaz para dos personas; é hizo de modo, que el brazo izquierdo sirviera de respaldo al busto gallardo, de tan amable criatura. Y mecida vá, y mecida viene, charlotocaban y bromeaban, risueños y felices, olvidados de todo lo que no fuera gorjear como dos pajaritos, hasta del resonante Creso, *pirata berberisco* que andaría de caza por las aguas de aquel pez *moreno*, que le despertaba la codicia.

—Vendrás mañana, y todos los días de la semana, tontín mío. Mira que si no, me matarán las hieles de mis amargas soledades. Nada te prometo; absolutamente nada. Seremos dos primos, dos buenos *amigotes*, y se nos pasará el tiempo en tan agradables é inocentes distracciones. ¿Verdad que te conformarás?

—Si va de lo que va, poco es, Titania *amiga*. Sinembargo, me resigno mientras ten-

gamos columpio; y, en faltando, á mis píldoras, á dosificar para la salud del prójimo.

De ahí no pasaron. Ciertó que la pareja enamorada se rozaba hasta abrazarse; pero las almas, á lo que parece, andaban tan separadas y distantes, que no había en ellas ni *sombra* de pecado. Puede asegurarse, que si la una se mecía en el columpio, la otra se paseaba por las antípodas, con todo el orbe terráqueo de por medio.

Aquella misma noche, al retirarse Oberón, y cuando ponía el pié en el último peldaño de la inmensa gradería, se encontró, tope á tope, con el *pirata*; el cual buscaba—sin duda—puerto, balanceándose como buque en peligrosa marejada.

Conocióle el de Cacaotales, y díjole balluciente, y un tanto esparrancado por guardar la ley del equilibrio:—¿Te has divertido mucho, picarón?

—No tanto como usted,—respondió el interpelado;—pero algo se ha hecho por Titania.

—Me alegro; mucho que me alegro. ¡Pobrecilla! Eres un buen muchacho, en toda la extensión de la palabra. Vuélvete por acá ¿eh? Hasta mañana, ó hasta *hoy*, porque el tal *mañana* acabóse.

Como alargáse la mano para despedirse de Oberón, no pudo resistir al oleaje de *brandy* que me le zarandeaba llevándole en vi'o, de aquí para allá; y, tumbando el busto

hacia adelante, dió con su cuerpo en el arrecife de las escaleras que le recibieron impasibles, con un golpe seco en mitad de la cara.

Acudió Oberón, en ayuda de aquel desventurado náufrago; llamó gente, y no sosegó, hasta dejarle en brazos del portero, que acabó, por fin, de despertar, de otra más quieta y profunda horrachera de sueño.



V

LA TORRE DE BABEL.

Doña Medianía engordaba que era una bendición de Dios. Redonda, ventruda; á poco más, no habría tonel que la aventajase en capacidad y fondo. ¡Qué vida tan regalona la que se dió la viuda; una vez puesta al amparo del maniroto de su yerno! ¡Qué huerto el que plantó, y cómo le aprovechaba, á diario! La mañana se le iba entre las repolludas coles, las frescas y esponjosas lechugas, los rábanos provocativos, las calabazas y los pepinos, las

remolachas y los pimientos. Un cesto de todo éello, era poca cosa para ración de aquel vientre de ballena, sano y potentísimo.

Tenía su gallinero; y en cada echadura sacaba las polladas por docenas; y las devoraba lo mismo, sobre poco más ó menos. Carneros no le faltaban; y gruñían, por ahí, más de cuatro lechigadas de cerdos. Con una cruz señalaba de antemano en el calendario los días de santos, y otras fiestas *de guardar*, destinados al sacrificio de las víctimas escogidas; y es de advertir, que lechón y pavo, nunca los separaba doña Medianía, en tales ó parecidos agasajos.

No daba puntada; y como las escaseces se le trocaron en abundancia, de la noche á la mañana, se hinchaba, relleniéndose de grasa, de felicidad y de salud. A Titania no le veía sino de tarde en cuando, pues el tiempo le venía corto para cuanto no fuese comer, dormir, echar su vistazo al gallinero ó al corral, plantar la enmarañada selva de legumbres y verduras, y leerse cuatro diarios. Sus distracciones llegaron al extremo de un olvido completo de las cosas santas. La devoción se le fué al estómago, y así, no se acordaba poco ni mucho del franciscano, su confesor; de la misa, los domingos; ni del rosario siquiera, en las primeras horas de la noche. Qué había de rezar la viuda, si con el último bocado estaba ya roncando con resoplidos de fuelle! Rara vez se echaba fuera

de casa, y nunca á pié, porque los suyos se negaban, rotundamente, á sostener aquel embutido de grasa que le ponía la piel lustrosa, de puro templada, y á dos dedos de rajarsele por los rebordes del cogote.

En cambio, Titania se adelgazaba que era una pena negra verla tan desmejoradita y flacucha. ¡Qué palidez, Dios mío! Lo blanco del rostro se le había trocado en amarillez de cera. Unos cercos grandes, negros y profundos le servían de marco al empañado azul de los ojos; y el talle se le había corrido como muchachuela precoz. Los brazos y el cuello, no parecían ya obra de torno; en fin, que Titania ni reía, ni bromeaba; ni era aquella la moza gallarda, tierna, arrogante, *diáfana y luminosa* como una visión, que tenía proyectitos en la cabeza, y dos polos para la vida.... ¡Pobrecilla! Oberón llegó á serle indiferente; y doña Medianía, con la tonelada de gordura debajo del pellejo, le revolvía las entrañas lo mismito que el ruibarbo y la ipecacuana del farmacéutico. ¡Si al menos le hubiese sido dado alimentarse de gotas de rocío y sorbetes de plátano, al igual que antes! Nada; que no probaba bocado, y que se moriría *á entradas de aguas*, según la opinión de doctos Esculapios, que no llegaron á verla, aunque por conseguirlo se esforzara y rabiara la madre-viuda de aquella infeliz y marchita beldad. Los días se los pasaba en el minarete; y las

noches, de brazos sobre el alféizar de la ventana, contemplando aquella mole redonda que, atrevida y soberbia, se alzaba poco á poco sobre las alturas del Carmen, á orillas del Salado.

La naturaleza, en aquellas despejadas é incomparables tardes de verano, la encontraba indiferente y sorda á las mil y mil voces con que, alegre y parlanchina, le hablaba de sus encantos en arrebatadora elocuencia, mezcla de color y ritmo, que se destaca ó vibra, en cuanto la mirada alcanza y perciben los oídos.

A sus piés, la ciudad medio recostada en el regazo de la colina y extendiéndose por la margen de la ancha ría que, murmurante y sosegada, corre besando la contigua playa, ó perdiéndose á lo lejos entre festones de verdes y enracimados manglares; á la otra parte de la ribera, destacándose entre la bruma sutil y luminosa, las curvas y senos de la distante y azulada cordillera, sobre la cual, y algo al norte, de cuando en cuando, se transparenta y perfila el gigante de los Andes con su cúpula de eternas nieves, en que parece descansa la inmensa y centelleante bóveda de los cielos; atrás, la fértil y tendida vega, las vacadas y *potreros*, los anchos matorrales, el tramo despejado ó el frondoso bosquecillo, los caseríos, salpicando de blanco y rojo la aterciopelada alfombra de verdura, y, por último, el Daule, como cinta de plata,

culebreando hasta perderse de vista en alguna de sus *vueltas* ó *recodos*; á la derecha, la cadena de montañas que hunde sus asperezas en el Salado y levanta sus cumbres hasta donde el paisaje se borra; y luego, al frente, la llanura inmensa, perdiéndose en las lejanías del horizonte, hacia los términos del mar.

Pero ella, no se cuidaba poco ni mucho, de todo *eso*; ni del despilfarro de luz que le hacía el sol por iluminarle el rostro de hada, ni de las caricias del viento que se le enredaba juguetón, entre los sueltos rizos de la rubia cabecita. No tenía ojos más que para el nuevo prodigio de arte ó hechicería, que Creso dió en llamar residencia de verano, y estación balnearia. ¡Bien sabía la desventurada lo que la tal Torre quería decir, cuando tan fijamente la miraba; y tal estrago llegó á causarle, el contemplarla de esa suerte!

Cierta ocasión, que entre curiosa y suspicaz, admiraba aquella fábrica que tan de prisa se construía, preguntó al aprendiz de boticario, que por ahí andaba ocupado en sobarse el fino vello que á poco más sería pobladísimo bigote, si sabía de quien era el edificio que se levantaba á orillas del Salado como para rivalizar con el de Creso. El otro, haciéndose el indiferente, tras un bostezo de mal humor y sin quitar los dedos del nascente bozo, contestó:—según se dice, el dueño es tu marido.

Aquello fué un golpe recibido en mitad del pecho, cuya dolorosísima impresión, en vano se esforzó Titania por disimular. Pero al fin, respuesta un tanto de la natural sorpresa que le causaba tan imprevista revelación, insistió en la porfiada averiguación de lo que aquello pudiera significar.

--¿Y qué se dice del propósito? Nada bueno será. Ya ves tú, que anda muy distraído, que no me hace más caso que al primer desconocido que topa en la calle; que se gasta el dinero y lo derrocha como un loco, en no sé qué lugares de perdición y escándalos, cuyos hálitos emponzoñados llegan, sin que evitarlo pueda, hasta envenenarme la poca felicidad á que tengo derecho, en la soledad de que me rodea, á trueque, siquiera de los desperdicios que hace de vida y caudal, en esos tragaderos de la honra, de la fortuna y de la paz de las familias. Sabes, y con éllo, nada nuevo te digo, que se pasan los días y las semanas fuera de casa, sin cuidarse poco ni mucho, de lo que será de Titania; de si padece, llora, ó concluirá al fin por morirse de tristezas que él no comprende; de pesares que no le importan; de afrentas que no las juzga por tales: tan postrado y envilecido yace, donde es fuerza que caigan todas las asquerosidades de la conciencia, y todas las inmundicias de la tierra.

—Hé dicho—murmuró Oberón rascándo-

se la oreja izquierda con la mano del mismo lado.

—Creo que al menos me asiste el derecho de quejarme; supuesto que la inocencia, por humilde y mansa que la supongamos, no ha de llegar hasta aceptar la resignación del silencio, por toda réplica á las infamias con que el vicio se esfuerza en herirla y maltratarla.

—Cierto que sí; pues no faltaba más.

La señorita Titania hablaba en serio. Nunca sus labios pronunciaron frases tan amargas é hirientes; y nunca, tampoco su indignación llegó hasta el punto de dar rienda suelta al más ligero desahogo de su conturbado espíritu.

—¿Qué se dice?—insistió. Responde, ó también diré que tú me engañas.

—Si va á decir verdad, aquel hombre... Creso... es de lo más perdido que se conoce por estos barrios.—(Tecleando en la cadenilla del reloj.)—No te ofendas, criatura, que no lo apunto por hacerte daño, ni cosa parecida.

—Si no me ofendo, tontín;—(con mimo y á media voz, y luego saltando á la octava alta)—y aunque me duela, prefiero saberlo todo, á vivir de sospechas y recelos.

—Ese es otro cantar.—(Midiendo la estancia á pasos lentos.)—Quedamos en que es de lo más perdido que se conoce. ¿No es esto?

—Adelante.—(Con imperio.)—

—Cabal; pero de lo más perdido. Figúrate que Aspasia.... Bonito nombre ¿eh?

—¿Griego?

—Griego, ó romano (estas averiguaciones no hacen al caso) suena muy bien. Se le llena á uno la boca, cuando pronuncia.... Aspasia; como se colma el gusto más exigente, con sólo mirar ese palmito de dama cortesana. Porque Aspasia, según cuenta la historia, era una *hetaira*; y según cuenta la crónica callejera, ésta.... la de aquí.... le sigue los pasos á la griega, muy de cerca. ¿Sabes de Pericles?—[Parándose.]

—Pericles ó Pericos, déjate de boberías, y vamos al grano.

—Allá voy. Pues el tal Pericles, cortejaba á la primitiva Aspasia, y Creso, á quién me pospusiste, te pospone á la hora de la hora, á la segunda mujer de ese nombre, que no es otra, que el pececillo de la calle de Colón, núm.... departamento de la derecha; y pez de tan buenas agallas que para dejarse pescar, le arrancó la promesa jurada, de que había de construir, allí donde se levanta en la actualidad, una altísima torre que dejara pequeñita tu mansión señorial;—[acentuando el vocablo]—con el ítem más, de que una y otra, quedarían unidas por un puente colgante; y esto, para mis alcances, es la mayor desvergüenza que un marido puede colgar del buen nombre de su esposa.

Inclinó ésta la hermosa cabeza, muda de

asombro, y estremeciéndose luego, como si todos sus nervios vibrasen al contacto de invisibles hilos eléctricos, devoró en silencio los ímpetus de la cólera, los gritos de exasperación y los sollozos de amargura que, en tropel, acudían á su garganta por abrirse paso á través de aquellos labios apretados y convulsos. Tuvo, sin duda, por más cuerdo, no añadir á los pesares del infortunio que le hería de muerte, los estériles desahogos del impropio ó la queja.

Aquel día no se habló más del asunto. Oberón, tras el descarnado relato que hizo á Titania, siguió tecleando, como si tal cosa, en la cadenilla del reloj; y aquella, con la vista clavada en la maciza Torre de sillería construída con cantos de Mongón, y maderas cortadas en los manglares del Salado y las montañas de Cerro Azul. A poco de esto, comenzó la faena de pintarla por fuera de chocolate y oro; y, luego, ha de echar el puente colgante. ¡Qué puente tan atrevido y gallardo el que llegó á unir el palacio de la sultana cautiva, con aquella Torre adjudicada en propiedad á la cortesana libre!

Vino, en seguida, la instalación de Aspasia. Por cierto que el Patriarca de las Indias no tendría que hacer con el *yacht* de cuarenta nudos por hora; pues, se supo, que el concierto de aquellas dos voluntades se llevaba á cabo, según los cánones de ciertos derechos

imprescriptibles, y anteriores á toda legislación escrita.

Si espléndida y sonada, fué la boda de Títania, el sarao inaugural de la Torre, alcanzó las proporciones de uno de los sucesos más ruidosos y *trascendentales*, en la leyenda fabulosa del coruscante y fachendoso personaje de Cacaotales. Que su mujer anduviese mustia y descolorida, hecha un huso ó un bejuco de puro seca y desmejorada; que se pasara los días en el minarete, y las noches de codos en el alféizar morisco con la mirada fija en aquel prodigio de arte, pintarrajado de amarillo y chocolate; esto digo, y otro tanto que fuera, no lograría apartarle de sus propósitos, ni le mortificaría en lo menor; pues, á decir verdad, ni cuenta se daba de ello el *pirata*, tan entretenido me le tenía, y tanto le avivaba el fuego de su impaciencia, Aspasia: la gentil morena, de negra cabellera, negras y perfiladas cejas, negros y grandes ojos, negras y crespas pestañas, labios encendidos y boca seductora.

Con la anticipación que el caso requería, atendió Creso á las provisiones de boca para la fiesta, y á cuanto fué menester de lujo y de boato, en ocasión tan señalada, y tratándose de persona tan rumbosa como flamante. A la despensa de aquella Torre, se trasladaron á carretadas, más de dos docenas de tiendas; pues no parecía sino que la tal despensa fuera el paladar de un monstruo que en-

gullía, insaciable, cuanto á sus fauces llegaba, para devolverlo luego, en desordenada profusión, al enorme tragadero de miles de convidados.

La mueblería rivalizaba con la de Titania; mas, es de advertir, que un colorido de carne viva, era la nota dominante, no sólo en muebles y tapices, sino en cuanto por dentro se mirase; así como la del chocolate, en lo que á exornación exterior, se refiriese.

Llegado que hubo la famosísima noche de la instalación, un regimiento de atrevidas Amazonas, cruzó á galope corto las calles de la ciudad, se encaminó á la sabana, y atravesando, luego, el puente de madera con grande y formidable estrépito de cascos y herraduras, se detuvo á las puertas de la soberbia Torre. Siguió al regimiento de Amazonas, por grupos, ó uno á uno, percatándose en las sombras de la noche de las miradas del vecindario, la legión de varones escogidos; los cuales, ocultaban el semblante bajo el antifaz de hipócritas vergüenzas y falsos pudores, para arrojarlo, en seguida, á los piés de aquellas beldades, entre el regocijo de la fiesta y los atrevimientos de la intimidad.

Dulces y embriagadoras melodías rasgaron el aire con provocativos y excitantes ritmos; y rompieron entonces á bailar, por centenares de parejas, los *buenos chicos*, y por docenas, los hombres graves; todos ellos, con

las lacras del oficio, y las tachas de sus extravíos, impresos é imborrables, en la palidez repugnante de sus marchitos y descompuestos rostros.

La luz salía á torrentes por las puertas y ventanas del ostentoso edificio, abiertas de par en par; disparábanse cohetes; quemábanse fuegos de artificio; encendíanse luces de bengala; y discurrían de uno á otro salón, con botellas, copas y refrescos, los obsequiosos sirvientes del buen señor de Cacaotales.

Contoneábase éste como niña remilgada, satisfecho por el nuevo triunfo de sus conquistas de pirata; y tragaba como tonel sin fondo, por añadir á la voluptuosidad avasalladora de la pasión, los ardorosos estímulos del *Champagne* ó del Jerez.

La música, entre tanto, continuaba, con raras intermitencias, en su fatigosa y equívoca tarea de invitar á la danza; y el vino en la suya, chispeante y regocijada, de calentar los cascos y revolver el juicio. Sólo que el baile, llegó á trocar las ondulaciones de sus cadenciosos, gallardos y reposados movimientos, por la cabriola atrevida; y las hirvientes copas del festivo champagne, ó los abrasadores tragos del coñac, tumbaban ya, á los más valientes y curtidos.

Poco a poco, la fiebre y el estrago de aquella doble y horrible embriaguez, crecía y crecía, desbordándose en oleadas de confusa gritería, discordante clamoreo y estúpidas riso-

tadas. Y todo esto, mezclado á los berridos de criados y mocetonas que holgaban, á su manera, por los contornos de la Torre, lo recogía el viento en sus ráfagas sonantes, para arrojarlo luego, como asqueroso salivazo, al rostro entristecido de la *ciudad doliente*.

Aspasia, bella, elegante y en la plenitud de la vida, descollaba por su aroma y lozanía, en aquel ramillete de liviandades humanas, compuesto, en su mayor parte, de beldades sospechosas y descoloridas, que intentaban pasar como oro de ley, ó mercancía de buen precio. Cuando la escena tocó en los límites de lo indescriptible y nauseabundo, y ni los unos ni las otras, distinguían ya los dedos de las manos, al ruido infernal de brindis y libaciones, media docena de bacantes poseídas del demonio del alcohol, llegaron sonrientes y enardecidas, á coronar la frente del vencedor de Aspasia, con guirnaldas de siemprevivas. Ciñéronle, después, en estrecho abrazo, y sintió el *pirata* entre los espuamarajos de su boca, el ósculo de paz, con que aquellas furias desencadenadas le confirmaron, de verdad, por caballero sin miedo ni vergüenza.

De súbito, hacia el frente azteca del palacio vecino, resonó la voz de trueno con que doña Medianía clamaba contra las iniquidades de la Torre, en uno de los vanos de la fachada negra.

—Esa es la Babel moderna, prorrumpió,

en que el vicio amontona los desechos de su podredumbre. Charca de torpezas y liviandades donde fermentan las inmundicias humanas al calor de impuras bacanales: yo te maldigo en nombre de la moral que pisoteas, infame; en nombre de la sociedad que ultrajas y corrompes; en nombre de la civilización, que te nombra cáncer de sus entrañas. *Cuarenta siglos* te condenan, por mi boca, desde las páginas de la historia, á la picota de todas las abominaciones y de todos los escarnios; y en la corriente de los años, eres el montón de ruines escándalos que, en el légamo del fondo, sirve para embravecer su curso y despeñar sus ondas. Venid á mí, *pontífices* de la opinión, consagrados por manos de la mesocracia, y repudiad ese vástago de antiguo y bastardo abolengo, para que no logre ingerirse en la secular encina de la honrada clase media, á la cual, contaminaría y apolillaría... El héroe de esa Babel es una alma empedernida, el esposo de Titania, mas claro: Creso el ricachón de Cacaotales....

Como evocado al conjuro de su nombre, apareció Creso, al otro extremo del puente, apoyándose en brazos de unos cuantos sirvientes, caída la cabeza sobre el pecho, dando traspiés, y vomitando improperios saturados de *sherry wine* y *old brandy*, contra la gente del palacio.

—Cállese, señora—indicó Oberón por lo bajo, á doña Medianía, interrumpiéndola y ti-

rándola de la saya.—Mire que el tigre se nos viene encima con las imprudencias de usted. Y la va á armar gorda.

Creso no venía precisamente por armarla, sino por orden de Aspasia, que lo declaraba impertinente é intolerable y le mandaba que durmiese la mona en casa de Titania, *hasta segundo aviso*. Era el cadáver, en fin, que el revuelto oleaje de ese mar de pecaminosas complacencias, escupía á las puertas de un hogar abandonado.

--Cierra la boca, mentecato; y *amárrate* los pantalones, por si se propasa la bestia,—contestó la interpelada, hecha una furia, y fuera de sí, con las timideces de Oberón.

—Francamente que no me da el naípe por andar en esos enredos; y mejor nos estaría escurrir el bulto, como si tal cosa.

—No te conozco, sobrino. Lo que me propones, es una infamia,—vociferó la tía.

—No lo dije por tanto. ¡Paciencia y barrajar!—(*Meliendo las manos en los bolsillos del pantalón.*)

A todo esto, Titania no chistaba; pues según el diagnóstico del boticario, tenía un nudo de *veneno*, y otro de sollozos, atravesados en la garganta; aquella víctima expiatoria de sus proyectos *polares*, y de los humos y escaseces de la chillada mamá.

VI.

CUARTETO FINAL.

Rojo el semblante, amoratadas las orejas, sanguinolentos los ojos, entreabiertos los labios, la respiración anhelosa, tartamuda y estropajosa la lengua, revuelto el cabello, convulsas las manos, crispados los dedos, flaqueándole las piernas, desmadejado el busto, deshecho el lazo de la corbata, sueltas las almidonadas tirillas de la camisa y abierto el chaleco, llegó el resonante personaje con la ayuda de dos de sus criados; los cuales, sin pérdida de

tiempo, y por cumplir las órdenes de Aspasia, le dejaron medio tendido en un sofá de la antesala, donde ya que no durmiese la mona, no importaría, al menos, á la dama de la Torre, con las caricias brutales de su estúpida embriaguez.

Acudieron á poco de esto, Titania, Oberón y doña Medianía; mas, todo fué verles, é incorporarse el *tigre* como si hubiese sentido en su cuerpo la mordedura de una víbora.

—Borriquito.... de los demonios, exclamó, siempre tú.... Bien á la vista está que era una tontería.... pensar en taparte la boca.... con el regalo de las drogas.... Já.. já.. já.. Bien sellada la tienes con las infidelidades vergonzosas, y las complacencias descaradas.... de esa señora, y de esta suegra mía, que luce las sombras de Creso.... ¡Poder de Dios!.... Tiene gracia como ha engordado doña Medianía!.... Dá gusto verla tan cebadita y lustrosa.... ¡suegra flamante....!

—Por estas, que son cruces,—profirió doña Medianía temblando de ira,—que sale usted del fondo del cenagal, repartiendo infamias, en que se ha revolcado.... ¡El indecentón! Si usted estima en tan poco, la honra que es cosa suya, respete, al menos, la del prójimo, que no le pertenece; y ante todo, la de Titania, su mujer, mal que le pese. Digo, que mejor le estaría volverse á la piara de cerdos que se revuelca y gruñe en el fango de

aquella Torre. Y si las inmundicias de allá, son para venir con ellas á manchar la buena fama que nos ampara todavía, quédese usted con sus vicios, don infame, que por esa puerta saldremos tan limpias y honradas como el día en que por mal de mis pecados, consentí en dar á usted la mano de esta desventurada.

La viuda rompió á llorar que se deshacía; Oberón se sobaba la barbilla, como en los casos de apuro; y Titania, de pié, muy rebujadita en un abrigo, ocultaba el rostro á las miradas de Creso, porque se le caía la cara de vergüenza, de indignación, y de rabia celosa.

Enderezóse el interpelado; y, dando cabezadas al aire, y echando rúblicas con los piés, logró, al fin, acercarse á doña Mecianía para decirle:—Te saqué de la nada, vieja Celestina.... me debes hasta el aire que respiras y la grasa que consume la máquina de tu cuerpo.... Já..já..já.. Con que Oberón es un santo....

—No tal, aprendiz de boticario.—afirmó éste muy comedido.—Si usted necesita mis servicios....

—Déjate de ranceos, borrico de mi mujer, que no eres tan animalote como lo pareces y como te llama *esa*.... Si no ¿qué te trae acá? ¿El olor del pienso? Pues yo te quitaré el resabio de apacentarte con la yerba del cercado ajeno, moliéndote las costillas á puros estacazos.

Y se dejó caer en un sillón, abrumado con el peso de aquella borrachera escandalosa y repugnante.

—Como á usted le parezca. No hemos de reñir por eso, ni otro tanto; sólo que donde planto una coz, no nacen pelos; lo cual apunto para su conocimiento, si ya no lo tiene perdido.—(*Con las manos cruzadas sobre los riñones y canturriando un aire de zarzuela.*)

—La opinión pública....

—Te ha marcado el rostro con el estigma de su desprecio.—(*Lo dice como para las solapas de la americana que lleva puesta, y vuelto de espaldas á Creso.*)

—A éste le llama seductor.... já..já.. já.... y á esa.... esposa infiel.... já..já.. já.... Séase lo que sea, y aún supuesta la falsedad del caso, éllo es que se dice y se dice, y se propala, á los cuatro vientos, la nueva de mi deshonra; por cuanto esa opinión, soberana, según la vieja de mi suegra.... no se mete en honduras, ni averiguaciones: sentencia por lo que está á la vista, y sus fallos son punto menos que inapelables.... Ven acá Titania....

—(*Sin darle cara.*)—Usted es un libertino, caballero. Un hombre sin Dios, sin ley, ni pizca así, de pudor. ¡Qué vergüenza!

—Alto ahí, que yo creo en Dios, y espero en El.... Estas *jumeritas* de acá, no pesan en la balanza de allá....

--Vaya si pesará aquella Torre, capaz de contener los pecados todos, de los hombres y todas las Aspazias de la tierra.

—Titania, no me toques á la morena, que es la niña de mis ojos, y la llevo en las entretelas del corazón. ¡Cuenta que es guapa moza! ¡Cómo se divierte la condenada, y qué bulla meten los malditos!—(*Levantándose y en idéntica postura á la del dios Baco del Patio de las Estatuas.*) Qué pelo, y qué ojos, y qué boca, y qué vestir.... Digo, si no vales un camino delante de esa criatura.... Los trapos que gastas, se me figuran pingajos, comparados con las sedas y muselinas que arrastra esa bendita.... Es más lista que la pimienta.

—¡Qué escándalo!

—¡Qué descaro, hija mía!

(*Oberón liando un cigarrillo, y muy por lo bajo.*)—Nos va á hacer la apoteosis del amor libre, en las barbas de la suegra y en presencia de esta infeliz....

—Qué te figurabas ¿qué iba á darme una encerrona por tu semblante de hada? ¡Boberías!.... Y, pues, tanto te ocupas en mortificarme, y tan arrepentido estoy de que te comas mis ahorros en la dulce compañía de ese boticario pegajoso y lleno de fanfurrias, que con sus procederes ha dado pábulo á la suspicacia de los maldicientes, que vengo á arrojarte de mi casa para que sigas vagando con él, por los revolcaderos del mundo; en los

cuales es fama que me cubrí de lodo hasta la coronilla, que ya no hay por donde cogerme. Así, al fango todos.... [*tropezando con doña Mediana*] inclusive usted, suegra de mis pecados, efigie de los derechos individuales, tarasca mesocrática y galera del periodismo; [*cavendo sobre Oberón y sacudiéndole de un brazo*] y tú, primo de los demonios, don Juan boticario, el mayor de los pícaros fulleros y camastrones; y tú también, carita de hada, visión diáfana y luminosa (*tirándola del abrigo*) que te enlaqueces de envidia y te amamantas de celos, sin que puedas llegar á la altura de la arrogante morena, al lodo conmigo.... [*Titania le aparta de sí, empujándole nerviosa; con lo cual, perdido el equilibrio cae de bruces en el suelo.*] Golpe seco.... já..já..já....

—En buena justicia, lo tienes merecido,—murmura Oberón entre dientes.

—La madre, mi suegra; (*incorporándose*) la hija, mi mujer; y el Espíritu Santo, mi rival; largo de aquí, pero volando.... quiero estar solo.... solito.... Esa mano, boticario.... ayúdame á levantarme.... así.... (*De pié y sin saltarle la mano*) Titania, monta en el asno, te le tengo aquí.... revientalo si es preciso.... Usted, señora.... arre, arre.... borriquito.... y á la calle del Morro.... La familia judaica, que toma la vuelta de su casa.... Me quedo con Aspasia.... y si no hay en estos barrios, bastan-

te soledad y recato bastante, para nuestro cariño.... me iré con élla, como quien dice, hasta los cuernos de la luna....

--¡Tuno más desvergonzado! Bien está. Nos iremos!

--Ya se lo decía, y usted erre que erre.. Como si fuera posible entenderse con un pedazo de bruto.--(*Al oído de doña Medianía.*)

(*La tía, sulfurada, á Oberón.*)—No pasas de ser un mamarracho, un braguillas.

--Vamos, borriquito mío, que hasta los nudos de la garganta se me han deshecho, con la idea de apartar de mi vista para siempre, la repugnante figura de un hombre envilecido.

Echó á andar; la siguió Oberón; y doña Medianía, hecha un veneno, y un tomatazo, de puro colorada, se fué tras ellos, no sin soltar antes, un taco de los gordos, contra el endemoniado libertino, y todos los pájaros de su casta. Mientras franqueaban el vano de la puerta principal, decía Oberón, en voz lánguida y suspirante:—monta, monta, Titania, que soy el borriquito airoso, de anchos lomos y bien arrendado, que necesita tu amor para irse, blanda y suavemente, por el camino de la vida.

Y ya se alejaban de las inmediaciones del Santa Ana, cuando un ruido estrepitoso y formidable, como de cien trenes gigantescos, rodando á un mismo tiempo, en desatentada carrera, sobre invisibles bóvedas subterrá-

neas; ó de hirvientes y mugidoras olas que rujen y se retuercen, al estrellarse impotentes contra los acantilados de la costa, que, burlan incommovibles el doble azote de las iras del mar, y las embestidas del huracán, llegó á los oídos de la familia *judaica*, sobrecojiéndola de espanto con el anuncio de alguna catástrofe inesperada y pavorosa. Con el temor pintado en los ojos, miraron hacia la Torre, y vieron que ésta se desplomaba hasta los cimientos, y tras la Torre el Palacio; y, luego, que vientos desencadenados levantaban de aquellas ruinas, cantos enormes y astillas colosales, aventándolas en desatada furia, como granizada de escombros, á una y otra parte del horizonte. La propia Avenida de los Ciruelos desapareció de sobre el haz de la tierra, barrida por el soplo de ráfagas huracanadas, que dejaron visibles, las antiguas charcas é históricos pantanos.

—¡Misericordia de Dios! exclamó doña Mediana, santiguándose, á prisa, y mal.

—De suerte,—indicó Oberón,—que Aspasia, sus huéspedes y el borrachón de Creso, están á la hora de esta, hechos polvo y ceniza, como en el almirez de marras.

—Dios les haya concedido espacio para el arrepentimiento,—balbuceó Titania.

—¡Mucho que lo dudo! y es lástima, prima, que no hubiese estallado el infame, antes de ahora.

Al decir esto, Oberón, alzaba la vista al

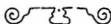
cielo; y allí, de la sorpresa del boticario.

—Mira Titania, dijo,—señalando con el dedo hacia arriba.

¡Oh asombro inaudito! Creso y Aspasia, cabalgando en los cuernos de la luna, patas arriba, les hacían unas muecas burlonas, y unas contorsiones horribles, que era cosa de partirse de risa, si reirse pudieran los maravillados espectadores del prodigio.

—Se han vuelto Selenitas, profirió Oberón. Mejor que mejor, supuesto que no bajarán de tan alto.

Y andando, andando, mudos y pensativos, llegaron á la modesta casita de la calle del Morro, á la cual subieron, haciéndose cruces, desfallecidos de fuerzas y conturbados de espíritu.



VII.

POST NUBILA.... OBERON.

Hola! ¡Hola! Que despiertes, Titania. Son las diez. El canario alemán está que revienta de celos, por el que guardaste anoche en tu alcoba. Ni canta el pobrecillo.

A las voces de su madre, despertó Titania sobresaltada; é incorporándose en el lecho, se restregaba los ojos y los abría mucho, volviéndolos de una á otra parte, como para darse cuenta exacta de que,

verdaderamente, aquella era su alcoba, y aquel en que había dormido, el tálamo nupcial, y la persona que roncaba á su lado, el mismísimo Oberón, su novio, puesto que estaban casados, desde la noche última. No cabía duda: lo que tenía por delante, lo que veían sus ojos, era la propia realidad; y lo otro, un sueño, pero un sueño horrible y medroso.

Llamó á Oberón; y éste, sin abrir del todo los párpados, contestó ¿qué me quieres, Titania?

—¡Despierta alma mía! No creí nunca, que el sueño de una noche de novios, se poblara de visiones como aquellas, en negra y abrumadora pesadilla.

—Pues mira: me dormí tan profundamente, que ni me pasaba por los cascos acordarme de que hoy me despertaría en esta cama, con la costilla de menos al lado. Cuenta que-rida.....

Y sollozando, comenzó Titania á relatar lo que habrá visto el lector que, cerrando el libro, aburrido ó cansado, no hubiese puesto punto, antes del que yo haré, á poco más, como término final de tan singular historia.

—Y ese Creso ¿de dónde lo sacaste?—preguntó el novio, concluido que hubo el relato la gentil soñadora.

—¡Toma! Creso es el ricachón de enfrente, *montuvio* por los cuatro costados, que vive con Alida, la rumbosa morena que le des-

pilfarra las cosechas de cacao, muy oronda y regocijada.

Soltó la carcajada Oberón, y dijo:—quédete el consuelo Titania, de que los sueños, sueños son. Ahora, para borrar de tu alma hasta el amargo saborete de recuerdo, te doy un beso en esos labios, tan dulces y sabrosos para mí.



FIN

